

Democracia solo de nombre

David Brooks

NUESTROS POLÍTICOS son poco más que lavadores de dinero en el tráfico de poder y político; poco menos de seis grados de separación del espíritu y tácticas de Tony Soprano, afirma el gran periodista veterano Bill Moyers. Agrega que “no hay misterio en por qué el Parque Zuccotti (Plaza Libertad) está lleno de gente. Los reporteros siguen rascándose la cabeza y preguntando ‘¿por qué están aquí?’. Pero está claro que están ocupando Wall Street porque Wall Street ha ocupado el país”.

Moyers, en un discurso sobre el tema, comenta que muchos se preguntan por qué los manifestantes no canalizan su energía al ámbito partidista electoral y señala que la democracia no está funcionando en este país, con líderes de ambos partidos a la defensa de los más ricos, o como el presidente Barack Obama, que acepta sus donaciones mientras solo en la retórica denuncia a Wall Street y a la cúpula económica.

Celebramos elecciones sabiendo que es poco probable que produzcan las políticas que la mayoría de estadounidenses favorece. Nos expresamos, escribimos, abogamos, pero aquellos en el poder se mantienen sordos y ciegos a nuestras aspiraciones más profundas. Solicitamos, instamos y hasta oramos; aun así el mundo, que es nuestra tierra común, que deberíamos entregar en buenas condiciones a las próximas generaciones, continúa siendo saqueado, declara Moyers.

LOS HECHOS LO DEMUESTRAN

Más de 14 millones de personas están desempleadas, otros diez millones no encuentran empleo pleno, uno de cada seis estadounidenses está en la pobreza, más de seis millones han perdido sus viviendas por la crisis hipotecaria y más, mientras que el 1 % más rico multiplica sus ingresos y controla cada vez más la riqueza nacional (ya controla el 40 %), sobre todo los vinculados al sector financiero.

Los bancos más grandes son aún más enormes hoy que cuando Obama asumió la presidencia, y están recuperando los niveles de utilidades que gozaban antes de la recesión del 2008, mientras las casas financieras de Wall Street han logrado generar más utilidades en los primeros dos años y medio de Obama de las que ganaron durante los ocho años de la presidencia de George W. Bush, reportó el Washington Post este fin de semana.

La industria financiera —Wall Street— logró esto después de que la rescataran del colapso con miles de millones en fondos públicos y políticas del gobierno que permitieron que recuperara su posición prominente en la economía. Pero en lugar de utilizar toda esta asistencia pública para regenerar el crecimiento económico, las empresas financieras regresaron al mismo juego de casino que provocó la peor crisis desde la gran depresión. El gobierno no fue tan generoso en su apoyo a los millones de trabajadores que están pagando los costos de la crisis.

Con todo esto, no se necesita mucho

más para explicar por qué el movimiento Ocupa sigue creciendo.

Todo un elenco de figuras —tanto liberales como conservadoras— intentan una y otra vez reducir o descartar la relevancia del movimiento. El columnista conservador David Brooks (ninguna relación con este reportero) del New York Times intenta desde su trono de observación, empapado de arrogancia intelectual, reducir el movimiento a algo sin brújula, poco serio, y hasta poco radical. Algunos lo comparan con otros movimientos en India y otros lugares, para señalar que aunque son válidas sus motivaciones, no saben ser serios en promover cambios. Otros indican que mientras no entiendan que tienen que trabajar dentro de los esquemas políticos-electorales de este país no podrán hacer mucho. Y otros, insisten en que sin formular demandas concretas no lograrán ser más que una expresión de protesta.

Tengo una recomendación para una respuesta: nosotros demandamos que ustedes dejen de demandar una lista de demandas, comentó Robert Jensen, profesor de Periodismo de la Universidad de Texas en un artículo en Al Jazeera. Argumentó que “la demanda de demandas es un intento de acomodar las concentraciones Ocupa a la política convencional, reducir la energía de estas concentraciones a una forma que los que están en el poder puedan reconocer, para que así puedan desarrollar estrategias para desviar, cooptar, comprar o —si esas tácticas fracasan— aplastar todo desafío al *business as usual*”.

Moyers señala que no es la primera vez que el país enfrenta esto. En otro momento, una oradora popular, Mary Elizabeth Lease, afirmó que “Wall Street es dueño del país... Nuestras leyes son el resultado de un sistema que viste de traje a pillos y de andrajos a la honestidad. Los partidos políticos nos mienten y los oradores políticos nos engañan... El dinero gobierna”. Eso fue en 1890.

Hoy día, lo que está en juego es, nada menos, si Estados Unidos aún puede llamarse una democracia. Para el economista Premio Nobel Paul Krugman, lo que se está creando es una oligarquía estilo estadounidense. En su columna en el New York Times afirma: “tenemos una sociedad en la cual el dinero está cada vez más concentrado en manos de poca gente... esa concentración de ingreso y riqueza amenaza con convertirnos en democracia solo de nombre”. Es así porque la concentración extrema de ingreso es incompatible con la democracia real.

Y mientras se determina cuál será el destino de la democracia en este país, mientras millones de personas escuchan a sus políticos prometer una y otra vez que generarán empleo y nuevas oportunidades, ¿a qué se dedicó el Congreso? Aprobó una resolución reafirmando que “En Dios confiamos” es el lema oficial de Estados Unidos. El voto fue 396 contra nueve en la Cámara de Representantes.

Por lo menos en los plantones de Ocupa Wall Street sí se toma en serio la democracia. **(Tomado de La Jornada, de México)**

Comunidad negra desplazada toma las calles de Trípoli

Karlos Zurutuza

TRÍPOLI.—“Hemos venido andando hasta aquí para decirle a la gente que nos tratan como a los perros. Prefiero que me maten aquí mismo; no sería la primera ni la última muerta”, grita Hamuda Bubakar nada más llegar a la Plaza de los Mártires, en el centro de la capital de Libia.

Esta joven de 23 años es una de 200 desplazados llegados desde los barracones de Tarik Matar, en las afueras de Trípoli. Al igual que todos sus compañeros, Bubakar también es negra.

“Llevamos más de dos meses viviendo en aquellos barracones”, explica junto a ella Aisha, quien prefiere no dar su nombre completo. “El martes de noche entraron los guerrilleros de Misurata y se llevaron a siete de nuestros jóvenes. No sabemos nada de ellos”, explica esta mujer de 40 años.

Varias mujeres del campamento han sido secuestradas y violadas en las últimas semanas, añade.

“Levanta la cabeza, eres un libio libre”, corea el grupo de congregados. Se trata del eslogan que se convirtiera casi en el himno de los que se alzaron en febrero contra el régimen de Muammar Gaddafi. El ya pesado tráfico se congestiona definitivamente, y los ánimos se caldean entre los soldados armados que custodian la céntrica plaza.

“Tendríamos que matar a todos aquí mismo por lo que nos hicisteis en Misurata”, ciudad situada 190 kilómetros al este de Trípoli, exclama un joven vestido de camuflaje antes de que sus propios compañeros lo hagan callar.

Es que los manifestantes son todos de Tawergha, una localidad que fue base gaddafista para el terrible asedio puesto durante la guerra a Misurata, de la que la distancian unos 40 kilómetros.

Probablemente la occidental Sirte, localidad natal y bastión del asesinato Gaddafi, y la opositora Misurata fueron víctimas de los dos capítulos más dramáticos de la guerra civil de Libia.

“Nos llaman ‘gaddafistas’, pero también nos odian por el color de nuestra piel. Todos los negros de Libia estamos sufriendo por esta razón”, se queja Rahman Abdulkarim.

Abdulkarim pronto tendrá a la vista los inmensos barrios de bloques de apartamentos del sur de Trípoli. Se trata de auténticas colmenas de hormigón cuya construcción fue súbitamente interrumpida por la guerra. Los antiguos barracones de los obreros son hoy hogar para miles de desplazados de bastiones gaddafistas como Bani Walid —150 kilómetros al sureste de Trípoli— Tawergha, o incluso de Abu Salim, el último distrito de la capital libia en caer en manos opositoras.

“Solo en este campo hay unas 200 familias, todas de Tawergha”, explica Abdurrahman Abudheer, trabajador voluntario desde hace un mes. Si bien el número de desplazados aumenta cada día,



El racismo ha sido desatado en Libia.

también lo hace el de aquellos tripolitanos que se acercan a ayudar.

Amnistía Internacional expresó su preocupación por los crecientes casos de “represalias y detenciones arbitrarias” contra la población de Tawergha.

En el mismo informe, la organización aseguró que decenas de miles de sus antiguos residentes —Tawergha es hoy una ciudad fantasma— pueden estar viviendo en condiciones similares o incluso peores.

“Muchos llegan después de haber pasado días viviendo en la playa, la mayoría tiene miedo incluso de andar por la calle”, apunta el voluntario Abudheer, quien precisa en 27 000 el número de tawerghíes dispersos principalmente entre Trípoli y la oriental Bengasi, la segunda ciudad de Libia.

Desde la habitación que comparte con ocho miembros de su familia, Azma enseña la foto del que más echan de menos. El 13 de septiembre, su hermano Abdulah fue sacado del automóvil en el que viajaba con sus tres hijos y su hermana en un puesto de control en las afueras de Trípoli.

Lo último que supieron de él fue lo que decía su autopsia: “Numerosos traumatismos provocados por objetos sólidos y flexibles por todo el cuerpo, especialmente en cabeza y pecho”.

Frente a antecedentes como este, los familiares de los siete jóvenes que se llevaron el martes temen que corran un destino similar.

“Decían que habían visto sus caras en vídeos y que se los llevaban para asegurarse. No sabemos nada de ellos”, explica la hermana de uno de ellos. Dice estar muy asustada y prefiere no dar su nombre.

“Necesitamos seguridad en el lugar donde nos encontramos ahora y que los de Misurata nos dejen volver a nuestras casas sin temor a represalias”, explica junto a la puerta del “barracón-supermercado” el exprofesor de educación física Mabrouk Mohammad, también desplazado en el campamento de Tarik Matar.

“Los de Misurata nos acusan a todos, sin distinción alguna, de los crímenes más horribles. El pasado martes vinieron casi 100 guerrilleros pertenecientes a seis milicias en busca de aquellos desgraciados”, explica Mohammad. “Son muy fuertes hoy en Trípoli, hasta el resto de los combatientes les tienen miedo”. **(Fragmentos de IPS)**